

## DERECHO A LAS RENTAS DE LA FAMA

Muchas veces he pensado que la Fama, esa indecisa antesala de la Gloria, que, a veces, termina en un terco muro ciego y sin puerta, es como un capital acumulado que debe producir algo más que una renta de enhorabuenas y abrazos.

Pero casi nunca es así. La Fama es como una ideal y caprichosa criatura que considera que ya paga generosamente con su sola asistencia, si no se presenta como una carga onerosa que además exige que la alimentemos y llevemos muy bien vestida.

La Fama, cuando no llega por caminos de circunstancia urgente que suelen tener imperio fugaz y ser engañoso hospicio de olvidos, estífero espejismo, es un capital que, sobre factores de suerte e independientemente a la fortuna del espacio en que el famoso se mueva, se caracteriza por un tiempo invertido de constante vocación sin vocación, de voluntad que no admite descanso. La Fama tiene las piernas débiles: hay que sostenerla todos los días y ganarla cada mañana con tarea monótona y siempre principiante.

Lo de "echa buena fama y échate a dormir" es muy peligroso. También hay otro dicho que advierte: "A camarón que se duerme, la corriente se lo lleva." Y otro: "A Dios rogando y con el mazo dando."

Una vez que se ha conseguido la Fama

hay que cuidarla, darla crecimiento y lustre, defenderla. Defenderla es la más dura tarea. Parece como si las famas fuesen platos numerados, rodeados de una legión de hambrientos que cuando sirven sopa no tienen dónde recogerla. Entonces hay puñaladas para quien se sospecha que tiene el plato menos seguramente agarrado. Existe también el mala uva puro que no tiene ganas de sopa o sabe que le quemaría la garganta y no la puede beber, y que también intenta no quitarle el plato a nadie, sino que al otro se le caiga de las manos y se quede simplemente sin él.

La Fama, muchas veces, está ahí, sin dueño y sin que nadie la mire o la vea. Entonces sólo cuando la coge uno se arma la marimorena, y resulta que todos la quieren. Es la Fama, en estos casos, como esa mujer que mientras no tiene hombre parece un asco, y que cuando alguien se la lleva empieza a ser apetecida y todo se vuelve encontrarla gracias, elegancias, excelencias y esencias, cuando se pasó media vida más sola que la una y cuando ocurre que en el momento que el hombre la suelta se quedará como la una menos cinco.

Todo esto de la Fama es una tragico-media muy animada.

Ahora un establecimiento famoso en el mundo, "Maxim's", de París, acaba de ganar un pleito entablado contra otro restaurante de Nueva York que había adoptado el mismo nombre, y que tendrá en lo sucesivo que llamarse de otra manera. Esto es velar por la Fama y plantea un nuevo aspecto de la cuestión: el de adornarse con plumas ajenas.

Cada criatura famosa es famosa por algo, entre otras cosas porque ha descubierto una buena fórmula, un acertado modo de hacer, y, sobre todo, por mantener una identidad consigo mismo, una constante en la que estriba su personalidad, un autotópico necesario a su fisonomía. Hay memo que observa todo eso y que se pone a intentar hacer lo mismo, lo que raramente consigue porque construye a lo loco, edifica sin cimiento y cemento, y toca de oídas. Entonces su odio se concentra en la persona que más debía amar, en la persona a la que roba, pero no sabe asesinar. Su primera medida fué imitarle; la segunda, negarle como un Judas barato; la tercera, para echarse a llorar y pedir consejo a su prior para poder conciliar el sueño que Dios niega a los renegados.

El mal que el famoso—o la famosa, naturalmente—recibe de los imitadores de su fama no es nunca grave, pero sí pone también siempre un fastidio ver mal manejadas las armas propias, lanzados al barato sus comodines, base de la personalidad, la cocina de sus más renombrados platos, teniendo que renunciar a determinados letreros luminosos que el otro luce con temblorosas y amarillas bombillas. Las rentas más cómodas de su fama las usurpa un desaprensivo, y por no ponerse a fleitear, se acaba por abandonarlas como una limosna que al otro no le enriquece tampoco.

En el fondo, creo que ha hecho bien "Maxim's" diciéndole al "Maxim's" americano: "No, usted no se puede apellidar González, sino Gómez. Yo le había apoyado a usted con mucho gusto el "go", pero usted exagera un poco. Venda usted lo que quiera, pero no me revenda a esos precios de calderilla el oro que se ha llevado de casa".—César GONZALEZ-RUANO.